



## Ascensión del Señor - 2008

Queridos hermanos: en esta celebración actualizamos el misterio de la vida del Señor que la fe de la Iglesia ha confesado desde el principio en el credo de los apóstoles con estas palabras: ***“subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso”***.

El texto del Evangelio de Lucas dice: *“Y mientras los bendecía se separó de ellos, subiendo al cielo”*. Es muy significativo que esta referencia a la ascensión de Jesús al cielo esté puesta en el Evangelio de Lucas en **relación con dos hechos fundamentales**: el primero es que la ascensión es la consumación de cuanto estaba anunciado en las escrituras sobre **la muerte y resurrección de Jesús**; el segundo es la relación causal establecida entre la ascensión de Jesús al cielo y **el envío del Espíritu Santo para que los apóstoles puedan realizar su misión de ser testigos del Evangelio** y predicar la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén.

Es oportuno recordar también en este contexto las referencias del Evangelio de Juan a la vuelta de Jesús al Padre y a la promesa de enviar desde el Padre el Espíritu Santo para que conduzca a sus discípulos al conocimiento de la verdad completa y los mantenga en la observancia de su palabra por amor. Así el Padre y el Hijo harán morada en ellos y les harán capaces de mostrar a todos por el amor que son discípulos de Jesús.

El relato más amplio y explícito de los Hechos de los Apóstoles contiene también las dos referencias esenciales que hemos descubierto en el Evangelio.

La primera parte del texto hace referencia a las apariciones de Jesús resucitado durante cuarenta días y a la enseñanza a sus apóstoles sobre el reino de Dios, para que se convencieran de que estaba vivo y comprendieran el significado de su victoria sobre la muerte. En consecuencia, entenderían el sentido de la misión que ellos mismos habrían de continuar por encargo el Señor.

La segunda parte del texto explicita más lo relativo a la espera del Espíritu Santo, con el que debían ser bautizados todos los discípulos de Jesús. El relato se prolonga con la referencia a la misión de la Iglesia para restaurar el reino de Israel en una forma nueva, cuya consumación no toca a los discípulos conocer, pero cuyo comienzo sí que es obra de ellos, con la fuerza del Espíritu Santo: *“Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo”*.

*“Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista”*.

Una vez referido tan sobriamente el hecho de la ascensión, el relato de los Hechos de los Apóstoles añade una doble referencia de la mayor significación: la primera responde



al asombro inoperante de los apóstoles. Dos mensajeros del cielo les anuncian la urgencia de la misión al decirles: “*¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo*”. La segunda sitúa la misión de los apóstoles como una responsabilidad ante el Señor, que vendrá un día, que sólo el Padre conoce, a consumir su obra y someter a juicio definitivo a la historia humana, a la Iglesia y al mundo, pidiendo cuenta de la respuesta al amor con que Dios nos ha amado y del uso de la libertad que del amor de Dios procede.

La lectura de la carta a los efesios explicita otro aspecto esencial del significado de la ascensión. Jesús, ha ascendido al cielo y ha recibido el poder que el Padre le ha concedido. Pero este poder consiste en hacer partícipes de su triunfo a todos aquellos por los cuales ha entregado su vida. El Espíritu Santo nos da la capacidad de reconocer en Jesús sentado a la derecha del Padre la esperanza de la gloria a la que Dios nos llama. Cristo está en el cielo como cabeza del cuerpo destinado a participar de la misma plenitud de su salvador. El Hijo de Dios no había dejado al Padre al vivir como hombre entre nosotros, ni ha abandonado a sus discípulos al volver a la gloria del Padre. Por ello, el apóstol Pablo proclamó con gran convicción que, en esperanza, Dios nos ha sentado con Cristo a la derecha de Dios. Somos, pues, ciudadanos del cielo y nuestra aspiración suprema es la búsqueda del Reino de Dios y su justicia, es decir, reproducir la imagen de Jesús; la necesidad de los bienes de la tierra no nos agobia, sino que la confiamos a la providencia amorosa de Dios, que alimenta también a los pájaros del cielo y viste de esplendor a las flores del campo.

Con esta esperanza cierta, y con la seguridad de que el Señor, con el don de su Espíritu, estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, no nos quedamos ensimismados mirando al cielo, sino que nos ponemos en marcha por los caminos del mundo para anunciar el Evangelio con todos los medios, antiguos y nuevos, y con las nuevas posibilidades que la ciencia y la tecnología de la comunicación ponen a nuestra disposición.

En esta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales el Papa nos ha propuesto como lema: “**Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación**”. De esta forma ha pretendido llamar la atención sobre la necesidad de educar a los niños para el uso adecuado de los medios de comunicación, y también sobre la formación de los responsables de los medios, para su servicio al bien común.

Los medios de comunicación marcan hoy profundamente el entorno cultural y ejercen una influencia que se contrapone con demasiada frecuencia al derecho de los padres a la educación de sus hijos. A este propósito, el Papa alza con fuerza su voz frente a los responsables de los medios de comunicación y les recuerda que “*toda tendencia a producir programas- incluso películas de animación y videojuegos- que exaltan la violencia y reflejan comportamientos antisociales o que, en nombre del entretenimiento, trivializan la sexualidad humana, es perversión; y mucho más cuando se trata de programas dirigidos a niños y adolescentes*”. En consecuencia, el Papa recuerda la severa advertencia de Jesús a quien escandaliza a los niños. (cf Lc 17 2).



Carlos López Hernández

Por otra parte, recuerda Benedicto XVI que *“educar a los niños para que hagan buen uso de los medios es responsabilidad de los padres, de la Iglesia y de la escuela”*. Los padres, en particular, tienen el derecho y el deber de asegurar un uso prudente de los medios, educando la conciencia de sus hijos, para que les guíe en la elección o rechazo de los programas que se les ofrecen. Esta educación ha de hacerse de forma positiva. *“Cuando se pone a los niños delante de lo que es estética y moralmente excelente se les ayuda a desarrollar la apreciación, la prudencia y la capacidad de discernimiento”*. Se trataría de educar a los hijos para el recto ejercicio de la libertad, de la cual son guardianes sus padres. Con la ayuda de los profesores, los padres de familia han de poder *“educar a los niños en el camino de la belleza, de la verdad y de la bondad”*.

El Papa concluye su mensaje exhortando a los responsables de la industria de los medios para que formen y motiven a los productores de programas a salvaguardar el bien común, a preservar la verdad, a proteger la dignidad humana individual y a promover el respeto por las necesidades de la familia. Y recuerda, además, que la Iglesia misma, las parroquias y los programas escolares deberían estar en la vanguardia en todo lo que se refiere a la educación para los medios de comunicación.

Conseguir hoy estas metas parece sólo posible como fruto de la gracia de Dios. De ahí que pongamos estas necesidades confiadamente en las manos y en el corazón del crucificado, que sigue entregándonos su amor en cada eucaristía. En ella se renueva nuestra vida personal y recibimos la fortaleza necesaria para realizar con fidelidad la misión que Cristo nos ha asignado en la sociedad.